

## QUICHE ACHI GUERRERO

Roja se fue haciendo entonces la tarde, creció el silencio, aumentó el miedo, las lechuzas acurrucaron la noche, los coyotes anunciaron su llegada.

Su sueño se fue haciendo pesadilla.

Vio los barrancos en las manos de su madre; vio cómo corrían los años; iban quedando pedazos de vidrio que admiró la anciana; sus bordes eran de arena blanca, sembrados de robustos pinos; entre ellos jugueteaban sus hijos con los pájaros; entre los barrancos también había sangre coagulada, entre la que se movían diminutos poblados de raquíticas criaturas y esqueléticos ranchos. Los hundidos ojos de su madre convergieron en una mirada que iluminó la noche oscura; exclamó el silencio entonces:

— Si no te atreves, no lo inicies.....

Lleno de valentía marchó sobre el abrupto camino; las piedras comenzaron a moverse debajo de sus pasos, a sus tropiezos gimieron, su sangre se confundió con la del camino mísero.....; llevaba las plantas desgarradas, los dedos desollados. Al final de la vereda pedregosa encontró a su padre tirado abajo de los pajonales, maltratado y desnudo. De la fuerte contextura se escuchó el eco del látigo español y el paso desesperado del criollo; el cuerpo se fue haciendo verde, pero ningún gusano se había posesionado del mismo; vio entonces que de las manos se alzaron firmes lanzas, de los dedos de los pies largas obsidias, de los muslos verdes plumas, de la espalda herida alas; los cabellos blancos del anciano tejieron el Pop Wuj, donde quiso leer su historia, pero al acercarse unas lenguas de fuego se lo impidieron; algo le indicó que continuara la marcha.

Los ojos quietos de la oscuridad le siguieron; a lo lejos se escuchaba el tun de la guerra. Corrió presuroso, las gacelas lo acompañaron, las liebres lo siguieron, las ratas se escondieron, pero los coyotes aullaron traicionando la secreta marcha. Empezó una tímida llovizna, que se fue agigantando hasta convertirse en lluvia de fuego que incendió la trementina de los pinos; el granizo empezó a quemarle la espalda, le empezó a quemar la frente sudorosa, se le incrustaba entre los dedos de los pies, se le metía debajo de los brazos; asustado, el héroe buscó refugio, porque el fuego crecía; empezó a correr como conejo asustado, como venado acorralado; escuchó que a lo lejos aún aullaban los coyotes. Desesperado imploró clemencia, pero el silencio le respondió.

— Si te acobardas, morirás.

Continuó, con los pies sangrantes; su ágil figura saltaba entre los pinos, hasta que traspuso los umbrales de la lluvia: los ojos desafiantes de su madre lo habían seguido, sigilosos.

Llegó al centro de oscuro bosque; la luna aún no estaba dispuesta a encenderse. Las ramas de los árboles intentaron abrazarlo; descontento, rompió una, pero vio entonces que de ella manó un fétido líquido negro, que después se convirtió en serpiente; de la misteriosa noche brotaron burlescas, sonoras carcajadas, que se repetían entre los árboles... Se fue aquietando el bosque, las lechuzas se callaron, los coyotes se echaron, las ramas desfallecieron, las piedras se amontonaron, la serpiente se convirtió en lanza fiera a sus pies, se irguió la tierra y empezó la danza.

Emergieron grotescas criaturas de la lluvia de fuego; sus voces mal hilvanadas decía:

— A nosotros se nos convirtió en fuego y fuimos dados a Xibalbá en castigo, porque fuimos traidores.

De los ojos de los fantasmas brotó una sangre hedionda, de sus bocas unas largas lenguas negras, su estómago empezó a abrirse de adentro para afuera; sus intestinos eran lombrices y sapos, su sexo estaba mutilado, sus muslos presa de cientos de gusanos, sus pies sangrantes eran cascos de caballos.

Vio luego a su anciana madre, retornada a su joven vida, sometida a mil demonios verdes, que en sus pechos colgaban sus testículos; ellos la desnudaron, le abrieron las piernas y le arrancaron el vientre que luego se chuparon; le cortaron la lengua y le extrajeron la sangre; le arrancaron los ojos y le cortaron los pechos, y ya destrozado el cuerpo fue lanzado a una zanja. Luego siguió el cuerpo indomable de su progenitor, a quien los mismos demonios daban latigazos; poco a poco le fueron destrozando la espalda, hasta dividir el cuerpo en dos pedazos inútiles. Satisfechos los verdugos, lanzaron una fatigada carcajada.

A los árboles le fue cortada también la vida; los demonios extraían del centro de la tierra su sangre, se la chupaban, la defecaban y se la volvían a comer; a los hombres se les cortó la cabeza, y con ellas construyeron grandes torres de oro de las que destilaba llanto.

Vio también que él danzaba macabramente, seguido por los demonios y acompasado por la noche.

Quiché Achí se inclinó para tomar la lanza.

Pero habló el bosque, deteniendo la danza, y sentenció:

— Si no despiertas morirás como traidor. Y desapareció la oscuridad; alumbró la luna.

El odio y el resentimiento se acumularon en un solo grito, que la noche no dejó que se escuchara porque estaba ya por despuntar el día del maíz.